

HISTORIA Y DRAMA

Por Pedro Ortbous

EL VALOR QUE los hombres de cualquier momento atribuyen a los grandes hechos del pasado y la veneración que profesan a esos hechos, pueden revestir dos formas diferentes. En un caso, está la admiración respetuosa, pero fría, por actos que han quedado como petrificados en la historia, detenidos como las estatuas de mármol o como las joyas de purísimo oriente, pero ajenas a la temperatura de quien las lleva. La evocación de estos hechos da siempre buena ocasión para actos académicos formales o para el desborde de un "patrioterismo" externo, conducente, por lo general, entre los que lo contemplan a sangre fría, a un sentimiento de vergüenza ajena. Esto es lo que, entre nosotros, ha causado, en parte, el desprestigio de la veneración por lo histórico. El público chileno es, en la intimidad, buen lector de historia, pero mal espectador de historia, por temor a esos desbordes de rataplán.

Pero existe otro tipo de hechos históricos: el de aquéllos que no se han congelado en el gesto inmutable del mito del pretérito. Estos hechos guardan con nosotros una relación íntima y vital a través de un mensaje permanentemente válido, de un significado que nos concierne hoy en forma humana, directa, y que nos concernirá siempre en la misma forma. Los conflictos que vive el hombre son, substancialmente, los mismos a través de los siglos. Por eso no es extraño que encontremos en las páginas de la historia ciertos episodios que nos atañen de un modo personal.

Los hechos históricos del primer caso, se traducen en fechas, en datos estadísticos, en documentos sellados, lacrados, oleados y sacramentados. Los del segundo orden, se traducen en casos de conciencia concomitantes con los nuestros; en sen-

deros de una moral pública y privada; en hilos éticos capaces de conducir nuestra acción hacia un mejoramiento de nosotros mismos y de la sociedad en que vivimos.

A este segundo orden pertenece la historia de Fuerte Bulnes. Su significado sobrepasa el hecho de haber sido el punto de partida de la colonización del Estrecho de Magallanes. Así como el episodio histórico de Fuenteovejuna (y esto lo decimos sin querer establecer paralelo alguno entre dos obras incomparables entre sí), no es sólo el conflicto entre Fernán Gómez y los villanos del lugar, sino un hecho que sintetiza el espíritu del estado moderno, el "caso" de Fuerte Bulnes es algo más que la toma de posesión de un territorio por parte de Chile. Es un hecho que, conectándonos con el pasado, compromete nuestras actuales formas de conducta.

Fuerte Bulnes significa para nosotros una ligazón en dos planos diferentes: en lo histórico y en lo moral.

En el plano histórico, nos ata a los orígenes de la historia de Chile. Su emplazamiento fue el centro del tránsito magallánico durante la conquista y la colonia. Entre otros intentos de colonización, los españoles instauraron en sus alrededores una colonia que después había de recibir el nombre legendario de Puerto del Hambre, porque sus colonos "murieron de lo que dice el nombre". Históricamente, Fuerte Bulnes es, pues, un puente entre aquel Puerto del Hambre y lo que hoy es Punta Arenas. Prueba de ello es el que, aún en nuestros días, nos es dable leer en la prensa, clamores de la región que parecen copiados de los que elevaron los colonos de Fuerte Bulnes a mediados del siglo XIX.

En lo moral, Fuerte Bulnes es un ejemplo típico de los conflictos humanos que se suscitan en este país joven, en eterna construcción y reconstrucción, y que, por añadidura, tiene que luchar con una naturaleza no siempre dispuesta a entregar sus frutos con facilidad. La sola evocación de las adversidades que tuvieron que sufrir allí los colonos para resistir lo que resistieron, pensando a la par que todos ellos eran seres humanos no preparados para la vida que allá encontraron, es como para ponerlos en parangón con los héroes de cualquier gran episodio universal. Aquellos colonos no tuvieron nada que envidiar al viejo Horacio en los momentos en que, en resguardo de su honor, pedía la muerte de su único hijo sobreviviente, ni a Ricardo II abdicando a su trono y a las pompas del mundo en bien de su pueblo, ni a Tito renunciando a Berenice en aras de la grandeza de Roma. Aquellos colonos tenían un trabajo

que cumplir, y lo llevaron a cabo, sin mayores aspavientos. Es la lección moral de Fuerte Bulnes.

Y en esto reside el mérito de la obra escrita por María Asunción Requena. Ella podría haber tomado el tema y haber escrito un "drama histórico", sin más proyecciones que una evocación pintoresca de hechos ocurridos en un pasado más o menos legendario. Pero eso no le bastó. María Asunción ha ido a escudriñar en el significado humano del hecho histórico, lo ha mirado con ojos actuales, y ha descubierto en él raíces que siguen alimentándonos, conflictos que aún hoy nos condicionan y problemas que se identifican con nosotros mismos.

¿Hasta dónde lo ha conseguido? Sólo la emoción de un público de hoy podrá aclararlo.

Por ahora, sólo podemos decir que nuestra autora ha seguido el camino más comprobadamente legítimo para alcanzar lo universal: se ha sumido tan profundamente en lo propio, en lo vernacular, que, sin dejar de lado lo pintoresco de los hechos típicos, toca bases comunes a todos los seres humanos.

¿Qué chileno no se ha visto alguna vez "metido" en alguna "liona" que a poco andar el camino comienza a sobrepasarle las fuerzas...?" Ese es el punto de partida y el conflicto de "Fuerte Bulnes". Y arrancando de ese punto, María Asunción ha hecho estallar el drama entre los que creen y los que dudan, entre "los que no ven más allá de sus narices" y los que ven hasta el límite que sus ojos no alcanzarán a ver. Entre derrotados y optimistas. Entre existencialistas y esencialistas.

Por todo esto, la obra de María Asunción Requena no es un drama histórico, ni una obra costumbrista, ni un cuadro a lo "Santiago Antiguo". Es una pieza moral, una epopeya, cuya intención tonificante la hace estrictamente necesaria en momentos conflictivos en que se está pidiendo el esfuerzo de todos.

María Asunción no ha respetado ni la cronología ni la autenticidad documental de los hechos. Y no es que ella desconozca la historia. Por el contrario, la domina con una erudición pasmosa. Pero para ser fiel a la historia, ha debido colocarse más allá de la Historia, reflejando de preferencia el panorama humano, el estado de alma de Fuerte Bulnes, con vistas al drama y a su lección perdurable.

A este respecto, la autora ha procedido como proceden los autores europeos cuando toman los viejos mitos clásicos, remozándolos y poniéndolos en consonancia con los públicos

de hoy. Tal como Anouilh toma como pretexto el mito de Antígona para entablar querrela entre lo absoluto y lo relativo, o como Robles se vale de la leyenda bolivariana para enfrentar la realidad presente con la posibilidad futura, María Asunción Requena se vale de la epopeya de Fuerte Bulnes para localizar un conflicto permanente en la idiosincrasia chilena: la lucha entre el pragmatismo utilitario y la generosidad creadora de grandes empresas.

Pero el mayor mérito de la autora es haber conseguido darle a su obra el tono épico que su tema requería. Es lo que la pone a resguardo del patriotismo fácil y del derrotismo foráneo. La irreductible solidaridad humana que el chileno muestra en los momentos adversos, la lucha contra una naturaleza desproporcionada que de pronto parece absorberlo todo, el discreto pudor con que nuestro pueblo lleva a cabo los grandes hechos, y el esfuerzo colectivo por el bien de todos, son algunos de los resortes que transportan al drama a la categoría de una epopeya. María Asunción Requena ha visto la historia de Fuerte Bulnes, según un concepto generoso de la misión del hombre: la necesidad imperiosa de la creación por encima del interés personal de los creadores, y más allá de los frutos inmediatos de la creación misma. Visto así, y si Fuerte Bulnes se personificara, podrían ponerse en su boca las palabras que García Lorea puso en labios de Mariana Pineda: "Contad mi triste historia a los niños que pasen".

Pedro ORTHOUS

